



Ordine della Madre di Dio

P A X C H R I S T I

Queridísimos hermanos:

Me dispongo a escribirles en estos días que nos conducen a la Pascua, y la Palabra de Dios nos ofrece una imagen que deseo compartir: la del perfume derramado en Betania, cuando María unge los pies de Jesús y “la casa se impregnó con la fragancia”.

Es un gesto que ocurre seis días antes de la Pascua, en el tiempo en que todo está por cumplirse. No es un detalle casual: el “sexto día” evoca la creación, cuando Dios plasmó al hombre. Ahora, en el sexto día antes de la Pascua, Jesús se encamina a realizar una nueva creación: al entregar su vida, recrea a la humanidad. En este momento decisivo, mientras se acerca la cruz, alguien intuye que la única manera verdadera de estar dentro de este misterio es amar sin medida.

Llegamos también nosotros a la Pascua llevando en el corazón el camino vivido y las expectativas que aún nos habitan. En este tiempo santo, la Iglesia nos entrega el centro de nuestra fe: el don total de sí de Jesús, quien en la cruz no se reserva nada, sino que se entrega hasta el final. Como aquel perfume derramado en Betania, su vida se difunde sobre todos nosotros, impregna nuestras existencias y vuelve “perfumada” cada vida que encuentra, transformando nuestra cotidianidad en don. Es precisamente allí donde la Pascua encuentra su plenitud: no solo en la victoria sobre la muerte, sino en la revelación de un amor que se deja derramar para convertirse en vida para todos.

El gesto de María no es solo un acto de devoción: es un modelo para la vida consagrada. Ese perfume derramado en abundancia, hasta parecer un desperdicio, es imagen de un amor que no se mide. Cuando el amor es verdadero, se difunde, llega a todos, cambia la atmósfera. Así también nuestra vida, aun en la realidad cotidiana, puede convertirse en presencia que llena los espacios con gratuidad, fidelidad y servicio.

El Concilio Vaticano II recuerda que la vida consagrada es una forma peculiar de pertenencia a Dios, una existencia totalmente orientada a su servicio y a su gloria (cfr. Lumen Gentium, 44). La perseverancia no es un simple esfuerzo humano, sino la respuesta a una llamada que nos precede y nos sostiene. La fidelidad en el tiempo es signo de un amor que crece y se purifica, haciendo visible la santidad de la Iglesia en el mundo (cfr. LG 39-42).

Al renovar los votos, entramos nuevamente dentro de este movimiento pascual. Renovamos nuestro “sí” como participación al “sí” de Cristo al Padre. Renovamos nuestra entrega para que la vida sea cada vez más transparencia de su amor. Como el perfume de Betania, también nuestra existencia está llamada a difundir una presencia: entregada, libre, intensa.



Ordine della Madre di Dio

La Pascua nos recuerda que el don de sí no es pérdida, sino plenitud. Incluso los cansancios, las fragilidades y las zonas de sombra pueden convertirse en lugar de gracia si se viven dentro de este misterio. Perseverar no significa solo resistir, sino permanecer en el amor, dejándose continuamente entregar de nuevo a Dios. Los invito, entonces, a mirar no tanto lo que falta, sino lo que puede ser donado; no lo que retiene, sino lo que libera. Preguntémonos: ¿qué perfume deja nuestra vida?

Volvamos, finalmente, la mirada a María, Virgen de la Pascua. Presente en el silencio del Sábado Santo, conserva la fe cuando todo parece apagarse. En ella, el don de sí no conoce interrupciones: desde el “heme aquí” de la Anunciación hasta la comunión plena con el Hijo en la muerte y resurrección. María nos enseña la perseverancia que nace de la confianza y nos muestra cómo la vida consagrada puede ser silenciosa, total y fecunda, tal como el perfume derramado en Betania.

A todos ustedes les deseo una Pascua luminosa, capaz de renovar el corazón y de hacer de nuestra vida un don con aroma a Evangelio.

Con afecto fraterno,

Roma, 1 de abril de 2026
Miércoles Santo



P. Antonio Piccolo, OMD
P. Antonio Piccolo
Rector General OMD